

Stuart MacBride

# Piel herida

Traducción de Jordi Giménez

 ediciones  
**ÁMBAR**

# SEXO



# 1

Unos metros más adelante, la mujer se detiene. Sosteniéndose sobre una pierna, bajo la farola, se frota el tobillo, como si no estuviera acostumbrada a llevar tacones altos. Es la número siete: una tía de Torry, Aberdeen, que vuelve a casa después de pasarse la noche bebiendo y que recorre las calles tambaleándose con una minifalda y unos tacones que invitan a hacerse ilusiones, en pleno y gélido febrero escocés. Un bombón. Nariz respingona y piernas bonitas, largas y sexis. De esas que a él le gusta sentir cómo se debaten bajo su peso, mientras le da su merecido, a la muy puta. Mientras le demuestra quién manda.

Ella se reincorpora y se aleja con paso titubeante, sin dejar de murmurar para sí envuelta en vapores etílicos. Así es como le gustan, borrachas: no tanto como para que no se enteren de lo que pasa, pero lo suficiente como para que no puedan hacer nada. Y que no puedan verle bien.

Putas de mierda.

La chica pasa dando tumbos junto al edificio de NorFish, iluminado unos segundos por las luces de un camión articulado al dar la vuelta a la rotonda y girar por el adoquinado Puente Victoria, antes de cruzar el oscuro y silencioso río Dee y adentrarse en el barrio de Torry. Él se rezaga un poco, fingiendo atarse los

cordones de las zapatillas para darle tiempo a ella a que acabe de cruzar por la zona iluminada. Esta parte de la ciudad no es su territorio de caza habitual, por lo que debe irse con cuidado. Asegurarse de que no haya nadie mirando. Sonríe: la calle, oscura y gris, está desierta. Están solos él y la afortunada chica Número Siete.

Una carrerita y vuelve a estar detrás de ella. Está en forma, no desprende ni una gota de sudor enfundado en su chándal del Aberdeen Football Club, con su capucha y sus zapatillas Nike negras. ¿Quién se volvería a mirar dos veces a un tipo que ha salido a hacer jogging?

El barrio de Torry ofrece un aspecto lúgubre de noche, a finales de febrero: edificios de granito ennegrecidos por la suciedad, bañados por la amarillenta luz que sobre ellos orinan las farolas. La joven encaja con el atuendo que lleva: ropa barata, chaqueta de cuero negro barata, zapatos baratos, perfume barato. Una putilla. Él sonríe y palpa el cuchillo que lleva en el bolsillo. Ha llegado el momento de darle la golosina a la chica.

Ella gira a la izquierda, toma la larga y amplia curva de Victoria Road hasta una de las calles adyacentes en las que están ubicadas las plantas de procesamiento de pescado. Seguramente toma un atajo para volver a su miserable habitación realquilada, o al piso de sus padres, en el que aún sigue viviendo. Él esboza una sonrisa, deseando que sea esto último, para que ella tenga alguien con quien compartir su dolor cuando todo haya pasado. Porque va a tener mucho dolor que compartir.

La calle está desierta, tan solo se ve la parte trasera de un tráiler de dieciocho ruedas vacío aparcado en la acera de enfrente del autoservicio mayorista oriental. Allí solamente hay unidades industriales que, oscuras y silenciosas, permanecen cerradas durante la noche. Nadie que pueda verles y pedir ayuda.

La mujer, Número Siete, pasa junto a un contenedor lleno de desechos de metal retorcido y él apresura el paso, acortando la distancia. Los tacones de ella hacen resonar su clic-clac sobre

la fría acera de cemento, pero las Nike de él son silenciosas. Dejan atrás un par de grandes cubos de plástico llenos a rebosar de cabezas y raspas de pescado y tapados con sendas paletas de madera mugrientas para evitar que acudan las gaviotas. La tiene al alcance.

Con una mano se saca el cuchillo, mientras con la otra se frota la parte delantera de los pantalones del chándal, acariciándose el miembro erecto para darse suerte. Todos los detalles resaltan claros y brillantes, como la sangre rociada sobre una piel blanca, pálida.

Ella se da la vuelta en el último segundo, abre los ojos como platos al verle, entonces se fija en el cuchillo, está demasiado impresionada para gritar. Esto va a ser algo especial. La Número Siete va a hacer cosas con las que jamás habría soñado, ni en sus peores pesadillas. Ella...

Mueve el brazo como un rayo, haciéndole saltar el cuchillo, mientras le agarra del chándal y le hunde la rodilla en la ingle, con tal fuerza que lo levanta del suelo.

El tipo profiere un débil grito, antes de que ella le tape la boca con el puño. Negros círculos concéntricos cincelan un rugido tumultuoso en su cerebro, denso y amarillo, y las rodillas ceden. La acera está fría y dura al caer, mientras se acurruca en torno a sus testículos lastimados, y llora.

\* \* \*

—Joder... —El detective Rennie se inclinó sobre el tipo lloriqueante que estaba tirado sobre la agrietada acera, en medio de restos de pescado—. Yo creo que le has reventado las pelotas, juraría que las he oído estallar.

—Sobrevivirá. —La agente Jackie Watson obligó al sujeto a colocarse boca abajo y le esposó las manos a la espalda. El tipo gruñó y soltó un gemido. Jackie le sonrió—. Tú te lo has buscado, hijo de puta asqueroso... —Levantó la mirada hacia Rennie—.

¿Hay alguien mirando? —Él respondió que no, así que ella le propinó al tipo una patada en las costillas—. Esto por Christine, Laura, Gail, Sarah, Jennifer, Joanne y Sandra.

—¡Joder, Jackie! —Rennie la agarró del brazo antes de que ella pudiera repetirlo—. ¿Y si te ve alguien?

—Has dicho que no miraba nadie.

—Sí, ya, pero...

—¿Qué problema hay? —Se quedó mirando con el ceño fruncido al tipo gimoteante con el chándal del Aberdeen Football Club—. Ya está bien, primor, ponte de pie. —No se movió—. Oh, por el amor de Dios... —Lo agarró de la oreja y tiró de ella hasta incorporarlo—. Rennie, ¿querrás hacerme el favor de...?

Pero el detective Rennie estaba ocupado con la radio, comunicando a Control que la Operación Golosina había sido un éxito: había atrapado al hijo de puta.

## 2

La Aberdeen Royal Infirmary, hospital clínico de la ciudad, se extendía como un tumor de cemento. Durante años había experimentado una fase de remisión, pero últimamente había empezado a crecer de nuevo, infectando la zona circundante con nuevas alas de cemento y acero. Cada vez que lo veía, al sargento detective Logan McRae se le venía el alma a los pies.

Reprimiendo un bostezo, estrujó el vaso de plástico que había contenido el café de máquina que acababa de tomarse y lo tiró a la papelera antes de empujar la puerta doble marrón que daba paso al embriagador aroma, mezcla de desinfectante, formaldehído y muerte.

El depósito de cadáveres del hospital era bastante más grande que el ubicado en los sótanos de la jefatura de la Policía Grampiana, y bastante más alegre también. Desde un rincón de la amplia y pardusca estancia, un pequeño equipo estereofónico bombardeaba grandes éxitos de Dr. Hook. La música conseguía casi ahogar los gorgoteos del agua corriente al colarse por los tubos de drenaje de las mesas de disección. Una mujer ataviada con un delantal verde de plástico, pijama quirúrgico y botas de goma blancas volvía a embutir los órganos de una señora mayor del lugar de donde los habían extraído al son de *When you're in love with a beautiful woman*.



El varón no identificado de Logan estaba tendido de espaldas sobre una camilla de hospital, los ojos cerrados y tapados con una cinta, y la piel lívida como el papel encerado. Le habían dejado puestos todos los tubos y cables del quirófano para practicarle la inevitable autopsia, lo cual confería al cadáver una impresión de abandono. Un hombre de veintitantos años, el pelo rubio y corto, delgado pero musculoso, como si hubiera sido un adicto al gimnasio. Presentaba marcas rojas en el abdomen y en las extremidades inferiores, y una larga sarta de apresurados puntos de sutura señalaba el lugar por donde había vuelto a coserlo una vez el cirujano, reconocida finalmente la derrota por parte del mismo. Muerte, uno; Sistema Nacional Sanitario Grampiano, cero.

La mujer que estaba rellenando a la señora mayor levantó la mirada y vio a Logan examinando el cuerpo desnudo del hombre.

—¿Policía? —Él asintió con la cabeza y ella se desprendió de la mascarilla, dejando que una pelirroja mata de pelo rizado se le escapara por debajo del gorro quirúrgico—. Lo suponía. Aún no lo hemos metido en su bolsa —declaró con obviedad. Tampoco es que hubiera muchas posibilidades de obtener demasiadas pruebas periciales de utilidad de aquel cadáver; sobre todo después de haber pasado por las áreas contaminadas de urgencias, la sala de exploraciones y el quirófano.

—No se preocupe, puedo esperar.

—Está bien.

Cogió el tórax de la señora, levantándolo de la camilla de acero inoxidable, volvió a colocarlo en su sitio y comenzó a cerrar.

Él se quedó mirándola unos instantes, antes de preguntar:

—¿Habría alguna posibilidad de que le echara usted un vistazo a nuestro hombre no identificado?

—¡Ni la más mínima! No tiene idea de lo que la Reina de las Brujas Históricas sería capaz de hacer conmigo si descubriera que una vulgar auxiliar técnico forense ha estado metiéndole mano al cadáver antes de ponerle ella sus fríos dedos encima.

—No le pedía que le realizara una autopsia completa, pero a lo mejor sí que podría... bueno, ya sabe. —Se encogió de hombros—, ¿echarle una miradita? —Probó con la mejor de sus sonrisas—. Si no, tendremos que esperar hasta mañana por la tarde. Cuanto antes sepamos algo, antes podremos atrapar a quienquiera que sea el causante. Vamos, solo le pido un rápido examen externo... Nadie se va a enterar.

Ella apretó los labios, frunció el entrecejo, suspiró y dijo al fin:

—Está bien. Pero le dice a alguien que he hecho esto y le juro que acaba en una de esas malditas neveras de ahí, ¿entendido?

Logan sonrió de medio lado.

—Soy una tumba.

—Bien, deme un minuto para terminar con esto y veremos qué podemos hacer...

Diez minutos más tarde, la señora mayor estaba cosida y devuelta al cajón frigorífico. La técnica forense se puso un par de guantes limpios.

—¿Qué se sabe?

—Lo dejaron caer de un coche a las puertas de Urgencias, envuelto en una manta. —Logan alzó la bolsa de plástico llena de ropa manchada de sangre que le habían dado arriba—. Aún tenemos que realizar un examen pericial completo, pero podría tratarse de un accidente y que el conductor se hubiera dado a la fuga. Ya sabe, primero atropella al pobre diablo, luego le entra el pánico, lo mete en la parte trasera del coche y lo abandona en la puerta del hospital. —Se quedó mirando cómo la técnica forense toqueteaba la carne fría, mientras canturreaba «se fugó, se fugó» siguiendo el ritmo de la música—. Pues va a ser que no —negó con la cabeza, mientras tiraba un envase de refresco Irn-Bru naranja, que caía rebotando contra el suelo—. Mire... —Doblando el dedo, lo metió por la comisura de los labios del tipo y tiró de la mejilla para que pudiera ver los dientes, todavía apretados contra el tubo de ventilación—: los incisivos, los caninos y los premolares rotos, pero la nariz y la barbilla intactas. De haber

sufrido un golpe, tendría señales en los labios. Ha mordido algo con fuerza... —Acarició el lateral de la cara del hombre—. Parece como si hubiera tenido puesta algún tipo de mordaza, aquí puede ver las marcas en la piel.

A Logan se le heló la sangre.

—¿Está segura?

—Sip. Y está recubierto de pequeñas quemaduras. ¿Lo ve?

Se apreciaban pequeños círculos y ronchas de piel hinchada y enrojecida, algunas con una ampolla amarilla en el centro. «Oh, no, Dios mío.»

—¿Qué más?

—Abrusiones cutáneas, magulladuras... Yo diría que ha sufrido una ligera paliza... Más señales en las muñecas, como si se las hubieran atado con algo. Demasiado grueso para ser una cuerda. ¿Un cinturón, tal vez? Algo así.

Era lo que le faltaba a Logan: otra víctima a la que habían atado y torturado. Estaba a punto de preguntarle si le faltaba algún dedo, cuando la técnica le dio un par de guantes y le pidió que le echara una mano para volver el cadáver boca abajo. Estaba hecho un asco, cubierto de sangre oscura y coagulada desde los riñones hasta los tobillos.

La técnica forense fue examinando con cuidado la piel, señalando más quemaduras y contusiones según avanzaba, hasta que separó las nalgas del cadáver con un ruido pegajoso y áspero.

—Santo cielo. —Retrocedió un paso, pestañeando, y luego volvió a mirar en el trasero del hombre. Comenzó a sonar la canción de Dr. Hook *If I said you had a beautiful body (would you hold it against me?)*. —La única forma en que esto pudiera haber sido un accidente de coche es que hubieran intentado aparcarle una furgoneta Transit en el trasero. —Se incorporó, despojándose de los guantes de látex—. Y si quiere saber algo más, tendrá que preguntarle a un patólogo forense, porque yo no pienso abrirlo para averiguar nada.

La sede de jefatura de la Policía Grampiana no era el edificio más bonito de Aberdeen: un bloque de siete pisos de cemento gris oscuro y franjas de cristal como tiras de regaliz, bañado por la luz de las farolas, de un amarillo pálido enfermo de ictericia.

Se oían gritos de indignación procedentes del vestíbulo principal, por lo que Logan decidió eludirlo. Tuvo suficiente con echar una ojeada a través de los cristales de la puerta: una mujerona con bastón y el pelo gris le estaba dando al Gran Gary, tras el mostrador de recepción, una buena reprimenda acerca de las malas artes, los prejuicios y la estupidez de la policía. Profería a voz en grito:

—¡Debería darles vergüenza!

Así que optó por la escalera.

El comedor-cafetería estaba sumido en la calma propia de las horas posteriores a la medianoche. Mientras Logan se sentaba y tomaba unos sorbos de su crema de sopa de tomate, tratando de no pensar en el maltrecho trasero del hombre muerto, tenía por única compañía el ruido de las sartenes y cazuelas al entrecocarse en el fregadero y la emisora nocturna sintonizada en una radio con el volumen bajo.

Estaba acabándose el plato cuando una figura familiar se aproximó mascullando hasta el mostrador y pidió tres cafés, uno de ellos con salivazo incluido. La agente Jackie Watson se había desprendido ya de la vestimenta que la había convertido por unas horas aquella noche en cebo para violadores y había vuelto al uniforme reglamentario, completamente negro, con el pelo recogido en forma del preceptivo moño. No parecía muy contenta. Logan se le acercó por detrás sin hacer ruido mientras ella esperaba, la rodeó por la cintura y gritó:

—¡Uh!

Ella ni se inmutó.

—Te he visto venir por el cristal antisalpicaduras.

—Vaya... Bueno, ¿cómo va?

Jackie se volvió hacia el mostrador, tras el que había un viejecillo manipulando sin mucha destreza la máquina de café.

—¿Tanto se tarda en preparar tres malditos cafés?

—Ya veo que va de primera, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—Francamente, ¡habría tardado menos yendo hasta Brasil nadando que a buscar el café a su planta!

Cuando llegaron por fin los tres cafés, Logan la acompañó al piso de abajo, a la sala de interrogatorios número cuatro.

—Aguenta —le dijo, pasándole dos de los vasos de cartón. Desprendió la tapa de plástico del tercero, carraspeó y escupió en el espumoso líquido marrón, para acto seguido volver a colocar la tapa y agitar el vaso.

—¡Jackie! No puedes...

—¿Tú me vas a vigilar?

Le cogió los otros dos cafés de las manos y entró en la sala de interrogatorios empujando la puerta. Durante el breve instante en que la puerta estuvo abierta, Logan tuvo tiempo de distinguir la enorme y colérica figura del inspector Inch recostado contra la pared, con los brazos cruzados y el semblante furioso, hasta que Jackie volvió a cerrar la puerta de golpe empujándola con la cadera.

Intrigado, Logan siguió por el pasillo hasta la sala de observación. Era un cuarto pequeño y gris, con apenas un par de sillas de plástico, una mesa desvencijada y un equipo de monitores de vídeo. Había ya alguien en la sala, hurgándose en la oreja con el extremo mordisqueado de un boli viejo: el detective Simon Rennie. Se extrajo el bolígrafo, examinó la punta, volvió a meterse en la oreja y le dio unas vueltecitas más.

—Si lo que quieres es encontrar cerebro, estás perforando en el lugar equivocado —dijo Logan, dejándose caer en la otra silla.

Rennie le sonrió con una mueca.

—¿Qué hay de tu amigo no identificado?

—Muerto. ¿Y tu violador?

Rennie señaló, tocando la pantalla del monitor que tenía delante con la punta del boli que se había metido por la oreja.

—¿Te suena?

Logan se inclinó hacia la pantalla y observó la imagen parpadeante: el interior de la sala de interrogatorios número cuatro, la nuca de Jackie, una mesa de formica rayada y el acusado.

—La virgen, ¿no es ese...?

—Sip. Rob Macintyre. Alias el Goleador de Oro. —Rennie se arrellanó en su asiento exhalando un suspiro—. Supongo que ya sabes lo que eso significa.

—¿Que el Aberdeen no tiene la menor opción el sábado que viene?

—Exacto, y jugamos contra el maldito Falkirk. ¿Te imaginas lo humillante que puede ser? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Falkirk!

Robert Macintyre, el mejor goleador que había conocido el Aberdeen en muchos años.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

El joven tenía el labio superior partido e hinchado.

—Cosas de Jackie. Y le ha dejado las pelotas como un Playtex, altas y separadas...

Permanecieron unos segundos sentados en silencio, observando cómo el tipo que aparecía en la pantalla se agitaba incómodo y daba sorbos ocasionales al café aderezado con saliva que le había traído Jackie. No es que fuera gran cosa: veintiún años, orejas de soplillo, mandíbula endeble, pelo pincho moreno y cejijunto, pero el cabronzuelo era rápido como un demonio y capaz de marcar desde medio campo.

—¿Se ha aligerado? ¿Ha confesado sus pecados?

Rennie resopló.

—No. ¿Y sabes en quién ha gastado la única llamada telefónica? Nos ha pedido que llamáramos a su mamá. En menos que canta un gallo estaba ahí abajo en la entrada, gritando como una posesa. Parece un Rottweiler a dieta de esteroides. A una tía

puedes sacarla de la calle, pero nunca podrás sacar la calle de la tía.

Logan subió el volumen de golpe, pero no había nada que escuchar. El inspector Inch estaba, seguramente, probando una vez más con uno de sus silencios patentados; haciendo una prolongada pausa vacía de palabras a la espera de que el acusado reaccionara y llenara el vacío, pues sabía que la mayor parte de la gente era incapaz de aguantar con la boca cerrada en situaciones de máxima tensión. No era el caso de Macintyre, a quien no parecía importarle nada en absoluto. Salvo sus gónadas apaleadas.

Resonó de pronto la voz del inspector Inch fuera de cámara, crepitando a través de los altavoces.

—Te daremos una última oportunidad, Rob: o nos lo cuentas todo acerca de las violaciones, o te clavamos a la pared. Tú eliges. Si hablas con nosotros, eso que podrás esgrimir ante el jurado: muéstrate arrepentido y puede que la sentencia sea más benigna. Porque si no, van a pensar que no eres más que un capullo de mierda que persigue mujeres y que no se merece otra cosa que pasarse el resto de su vida pudriéndose en la cárcel.

Nueva pausa marca registrada.

—Mire —empezó Macintyre por fin, echándose hacia delante en la silla, haciendo una mueca y volviéndose a recostar de nuevo contra el respaldo, con una mano bajo la mesa. No llevaba el tiempo suficiente siendo el foco de atención de los medios de comunicación como para haber perdido el acento de Aberdeen, por lo que hablaba en tono bajo y alargando las vocales—. Se lo repetiré otra vez, despacio para que me entienda. Salí a correr un poco. Tengo que estar en forma para el partido del sábado. Yo no he violado a nadie.

Jackie llegó a decir:

—¿Y el cuchillo que llevabas...? —Antes de que Inch le mandara cerrar la boca.

Su corpachón ocupó la pantalla al inclinarse sobre la mesa con los dos puños cerrados sobre esta, ocultando a Macintyre.

La calva cabeza del inspector relucía bajo la iluminación del techo.

—Sí que lo has hecho, Rob... Las seguías, las asaltabas, les golpeabas, las violabas, les destrozabas la cara...

—¡No fui yo!

—Y te llevabas trofeos también, tarado hijo de puta: collares, pendientes, ¡hasta unas bragas! Encontraremos todas esas cosas cuando registremos tu casa.

—Yo nunca hice nada de todo eso, ¿vale? Métselo de una vez en esa cabezota. ¡Yo nunca he violado a nadie!

—¿De verdad crees que puedes salir de esta así como así? No necesitamos tu confesión, con lo que ya tenemos...

—¿Sabe qué? Ya se ha terminado el rollo este de colaborar con la policía. Quiero hablar con mi abogado.

—Ya hemos tratado de eso antes: ¡hablarás con un abogado cuando yo lo diga, no antes!

—Ah, ¿sí? Bueno, pues por mí puede mandar que traigan más café si quiere, porque va a ser una noche larga. Yo no pienso decir nada más.

Y no lo hizo.